

Año 3 Número 1 - Noviembre 2015



SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES

Umbral

Revista Literaria



Colaboraciones

*Don Srtxema Eduardo Longa Eric J. Lagarrigue
Francisco Vernet Henry G. Aguiar Sanchez
Ignacio López Castellanos Javier Andrés Molina
Joalberths de Agrela Jonatan Bedoya
Mariluz Moya Mendieta Víctor Alejandro Hernández
Víctor Gabriel Pardo*

El futuro de SAINDE

Siendo la meta más grande de SAINDE, el poder unir a los autores independientes, brindarnos seguridad y confianza sobre nuestras obras; decidí emprender la realización de un índice de autores, una inmensa biblioteca virtual que servirá de apoyo a las obras que no hayan tenido su oportunidad en otras propuestas de mercado.

Si hay alguna posibilidad para que la literatura resurja dentro de este mundo acelerado y cada vez más cibernético, es, creando una plataforma que permita al autor publicar sus obras en un lugar de acceso común, donde podrá obtener ingresos a partir de la publicidad que el servidor pueda brindarle de las visitas que obtenga por ello.

Fomento así la literatura breve, seriada, donde el lector no consumirá su vida leyendo una obra si no un par de horas o minutos. Recuerden que no solo escribimos para aquellos intelectuales. La cultura debe ser brindada sin discriminación. El futuro de la

literatura es Sandex, o cualquier plataforma similar, de lo contrario gran parte de la población mundial podrá abandonar el hábito de la lectura para siempre.

Permanezca a la par de SAINDE pues muy pronto lograremos nuestra meta.

Eric J. Lagarrigue

Editorial



Umbral
Revista Literaria
Órgano oficial de la Sociedad de Autores Independientes

Año 3 - Número 1 - Noviembre del 2015

Dirección general: Eric J. Lagarrigue
Corrección y estilo: Henry G. Aguiar
Composición y diseño: Eric J. Lagarrigue
Consejera editorial: PhD. Naida Saavedra
Imagen de portada: Eric J. Lagarrigue

Colaboradores de esta edición

Don Srtxema Eduardo Longa Eric J. Lagarrigue
Francisco Vernet Henry G. Aguiar Sanchez
Ignacio López Castellanos Javier Andrés Molina
Joalberths de Agrela Jonatan Bedoya
Mariluz Moya Mendieta Victor Alejandro Hernández
Victor Gabriel Pardo

Contacto: revista@sainde.net
Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores.
Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.

Índice de contenido

Editorial

Nota editorial (Eric J. Lagarrigue) 1

Cuentos

En el callejón (Henry G. Aguiar Sanchez) 7

La marcha de la lluvia
(Javier Andrés Molina) 10

La Viuda (Eric J. Lagarrigue) 13

La muerte de Bramos
(Jonatan Bedoya Zapata) 14

Baco Hórrorido (Joalberths de Agrela) 24

La puerta dorada y los gnomos del jardín
(Ignacio Castellanos) 33

Poesía

En medio de mis noches (Francisco Vernet).... 3

Exorcismo (Jonatan Bedoya) 17

Reminiscencia (Marilyn Moya Mendieta) 18

Tres días (Don Srtxema) 22

Lloverá (Eduardo Longa) 31

Misceláneas

Frases Célebres
(Victor Alejandro Hernández) 19

Teatro

La Exagerada: "El hombre que me lastimó"
radioteatro (Victor Pardo) 20

Lugares del mundo

El caballero del país de la sal- Poesía
(Don Srtxema)..... 5



La cultura y el acceso al conocimiento y al arte
son derechos universales.

Sociedad de Autores Independientes

En medio de mis noches

En medio de mis noches... mis demonios,
mis demonios bailan con las sombras de mis vicios,
mis demonios... danzan, tentando lo que queda de mis virtudes,
haciendo que me arrastre en la inmensidad de los mares de la dilución,
emulando al caos, dentro del cual, una mentira reemplaza a la tentación...
con el calor de un beso...

Un gemido, escapa mientras que un gímoteo invade tu garganta,
un momento en el que un sentimiento invita una emoción,
dándole al tiempo un pretexto...
para unirse al desastre,
despotricando por ser escuchado,
entre los ecos de pecados antiguos,
que reclamar un momento de tu precioso tiempo...

Una luz,
un sonido,
un temblor suave, y mis manos buscan entre mis sábanas,
temblando, mis puños, cerrados herméticamente...
sostienen firmemente la vacuidad de mi soledad,
en donde mi cuerpo se tensa,
abrazado por la sensación del vacío en mi cámara...
una frialdad deliciosa mezclada con una profunda oscuridad,
invade mi entorno,
en la que el ave encaramada a la ventana,
susurra mi nombre... tan suavemente,
que sus palabras parecen abogar,
suplicando redención.

El tic-tac del tiempo se une a la locura,
apuñalando nuestros corazones,
apuñalando nuestros sueños...
liberando ilusiones, burlándose de la vida,
creando una jaula para una pena... y un grito,
que no puede contenerse en el reino de la cordura.

Sangrado, una virtud, pretende contener el sufrimiento,
jadeando... una vida, termina,
mientras que la esperanza es desmembrada lentamente... letra por letra,
dando a la fe... el golpe final,
en ese momento, cuando el amanecer muestra su primera luz,
me desmorono,
en la locura del despertar...
llano de soledad, despertando en ti.



Francisco Vernet

Ciudad de México, México - 1964

El Caballero del país de la sal

En el país
donde reina
lo blanco,
como fiel vasallo
y caballero andante,
está nuestro amigo
Valentín Angulo;
fiero combatiente
donde los haya,
que elevara sus dominios
hasta donde nadie
alcanzara.

Hoy,
nuestro caballero
y fiel vasallo
del reino,
Salinas de Añana,
festeja su onomástica,
no con lanceros
ni tórridos combates
de fieros guerreros,
sino como siempre...
Al frente de su gente
y la sal.

Hay quien dice
que ya en el bautizo
lo hicieran con el agua salada,
hay quien dice
que desde muy pequeño
entre ella jugara,
sea como fuere
hoy es para nosotros...

EL PALADÍN DEL PAÍS DE LA SAL

Don



En el país Euskaldun, hay un pequeño reino,
 Salinas de Añana, el país de la Sal.
 Donde ya fueran famosas
 desde la época romana.
 Si decidierais venir,
 SEGURO,
 que de ellas prendidos quedáis.

Josema



Don Irtxema

Victoria Gasteiz - Álava, Araba - 1957

En el callejón

Aislado de todas las miradas, donde la luz de la farolas llega tenue, casi imperceptible, él, estaba de pie, pensativo, con la mirada extraviada y triste, desde allí con gesto aparentemente apacible ve a la gente pasar. Todos indiferentes, uno que otro apenas regresa la mirada, solo para apresurar sus pasos cuando aprecian algo de movimiento detrás de esas sombras oscuras, que no son más que contenedores de basura, pese a que estaban acostumbrados a ver cómo los mendigos, para saciar su hambre, se arremolinan a rescatar las sobras que echan los restaurantes de la zona.

Minutos después, se pueden distinguir las luces azules de una sirena. Un coche patrulla se aproxima, cada vez los destellos se sienten más cerca, hasta que este se planta delante del oscuro callejón. Una sola silueta dentro del vehículo y, desde la penumbra una linterna apunta en dirección al recién llegado, al tiempo que se escucha una voz que dice:

—¡Aquí!, puedes entrar. —Con tono fuerte, mientras mueve su linterna de arriba abajo muy rápidamente.

El recién llegado, que todavía no ha salido del coche, contesta con un ligero gesto de manos y continúa buscando algo, saca su linterna y se va aproximando con paso lento, enfocando a sus alrededores. El oscuro callejón es lo más parecido a un estercolero, plásticos mugrientos que no se han recogido en años, papeles empapados por las pequeñas charcas de agua y orina con una pestilencia nauseabunda y, unos chillidos y sigilosos movimientos de las ratas que han escogido este sitio como su guarida.

—¿Y... sabes quién es? —pregunta Jesús cuando al fin alcanza a su amigo. Enfoca hacia el bulto que yace frente a ellos, entonces, puede distinguir a una mujer de mediana edad, con algo de sobrepeso, la ropa desgarrada como de haber puesto resistencia o de haber tenido una riña con alguien, llena de arañazos en su rostro cubierto de maquillaje en exceso, en su cabeza una peluca negra maltrecha de lo más falsa que se pueda encontrar.

—Nadie... no es nadie... solo la había visto un par de veces cuando venía a hacer las rondas por aquí. —contesta Elías con voz baja, casi agónica.

—Qué quieres que te diga amigo mío, se te ve un poco afectado, pero, que no te afecte hombre, la mayoría de la putas de esta zona terminan así, ya no eres novato en esto. Sé que es triste, pero... es la cruda realidad. —Insiste Jesús a su compañero.

—Tienes razón, pero al decir la verdad, sí, la conocía —comenta Elías y respira profundo para continuar diciendo—: me sorprendió hace un par de semanas, se llamaba Julia y tenía mi edad aunque aparente mucho más —entonces sonrío con la mirada hundida en sus recuerdos—, éramos compañeros en el instituto. —Su mirada se iluminó y hasta casi sonrió al decirlo—. Te

imaginas el asombro que me llevé ese día, al igual que ella, cuando me llamó: «Elías», y yo asentí. Ya ves que todas nos dicen: «señor agente», pero ella me dijo Elías, entonces reconocí su sonrisa y conversamos un rato, comprobé que ya no era la misma, su forma de hablar, ahora tan vulgar, ni rastro de la muchacha tranquila, culta y callada que un día conocí. Estaba tan cambiada. —comentó esto último agachando la mirada.

—¡Ufff! —resopla Jesús moviendo la cabeza.

—¡Así que ya ves! —enfatisa Elías mirando a su compañero—. Sí que era alguien.

—Que putada, ¡¿cómo cambia el panorama de pronto, no?! —puntualiza Jesús—, lo único que podemos hacer por ella ahora, es averiguar quién le hizo esto, pero ya sabes cómo son aquí, no hablará nadie.

—Lo único, sí, —Elías toma aire en un profundo suspiro y regresa la mirada hacia su amigo—, pero sabes qué, a ella, hagamos lo que hagamos, ya no le servirá de nada. —Y se hizo un corto silencio entre los dos.

—Lo sé, pero podemos evitar que le pase lo mismo a alguien más. —Elías vuelve a mirar fijamente a su amigo y asiente con un ligero esbozo.

Los encargados de levantar el cuerpo no se hicieron esperar por mucho tiempo, ese oscuro callejón, ahora pasó a ser el centro de atención de todos quienes pasaban y se paraban para curiosar. La forense entonces se acerca hasta Elías y le entrega una libreta de notas, recuperado de uno de los bolsillos de la chica, estaba mugrienta, llena de frases sin sentido, y en la última nota escrita dice:

Después de tanto tiempo, fuiste tú quien vino a mí, aun así, para ti sigo sin existir, mientras tu desfogabas tus bajos instintos, yo te hacía el amor, no sé si lo sentiste, aunque ni siquiera me hayas reconocido, puede que lo hayas sentido, seguro que lo has sentido. Te amé en silencio en mi juventud, y ahora, que mi vida está a punto de llegar a su fin, te pude amar. Gracias, aunque no lo sepas nunca.

—Interesante lo que apunta, sobre todo al final. —comenta La forense que se quedó junto a Elías mientras éste revisaba rápidamente la libreta y se detenía a leer este último apunte de la desafortunada, que yacía sin vida en una fría camilla cubierta con una bolsa de plástico.

Elías levanta la mirada y sin decir palabra pasa la libreta a su compañero para que le eche un vistazo, Jesús cuando estaba leyendo la última página esboza una leve sonrisa denotando sorpresa y la cierra rápidamente.

—No sé qué pensar, lo dicho anteriormente, solo nos queda investigar. —comenta Jesús a su amigo al tiempo que le devuelve la libreta. Una vez La forense se retira, Jesús se acerca a su amigo y con la mirada llena de intriga dice—: Tengo que preguntártelo, debo preguntártelo. —Elías con algo de asombro espera a que su compañero continúe, entonces este pregunta—: ¿Esa última nota, habla de ti?

—¡¡¡No... claro que no!!!, solo conversamos un momento, créeme, te lo diría, —responde Elías asombrado ante la pregunta de su amigo, y continúa—: además, allí dice que él no le ha reconocido.

—Bueno, pudo haber pasado antes de que la reconozcas, solo quiero saberlo,

no te voy a juzgar, solo saberlo, nada más.

—Te entiendo, esto tenemos que resolverlo los dos, pero no, no soy yo de quien habla.

—De acuerdo, me quitas un peso de encima —contesta Jesús y pregunta una vez más—: ¿Entonces sabes de quién habla?, ¿tienes a alguien en mente?

—No, era muy reservada y solitaria.

—Pero habla del pasado —enfatisa Jesús—, y tú la conocías. Y podrías conocer al mal nacido que le hizo esto, piénsalo. —Tenía razón, más de un nombre se le vinieron a la cabeza al leer esa última nota, pero no sabía nada de aquellos. Entonces Jesús continúa diciendo—: Está bien. Me voy a la comisaría a ver si logro sacar algo.

—Vale, también salgo para allá.

Con paso lento y con la libreta en la mano Elías se sube a su coche patrulla. Mil y una imágenes se le vienen a la cabeza, entremezcladas con sentimientos encontrados, pensando en ese último escrito de su «amiga de juventud».

Elías sabía que poco podía hacer por Julia. En esta ciudad donde la gente cubre sus espaldas a toda costa para no verse afectada por cosas como estas. Una puta, para todos era solo una puta, como lo fueron las anteriores para él mismo, solo que en esta ocasión, le puso nombre y un pasado en común. Mil y una preguntas se le cruzan a Elías por la cabeza: ¿Qué la arrastró a seguir por ese camino? ¿Por qué? ¿Desde cuándo?... No lo sabe, quizás nunca lo sepa, pero en ese oscuro callejón pudo ver algo más que una «puta» víctima de un asesinato, en ese oscuro callejón vio una vida truncada, no ahora, sino desde hace mucho tiempo atrás, desde que ella tomó la decisión de llevar esa vida y no poder o querer escapar. O puede ser que ese fuera su escape. Ahora para Julia, ya es demasiado tarde.



Henry Govani Aguiar Sanchez

Pretoria, Ecuador - 1975

Sant Feliu de Guixols, Cataluña

La marcha de la lluvia

«...El Palacio Real será demolido, se proscriben los títulos de Rey, príncipe y cualquier otro título real o nobiliario... Se emite una orden de fusilamiento contra el ex monarca... Se proclama la República.»

Bajo la marcha de la torrencial lluvia nocturna, un grupo de milicos ejecutaba el final de la suya propia. Cuatro generales, tres coroneles, siete capitanes y un mariscal, acababan de echar abajo el gobierno de su hasta entonces joven e imberbe rey quien, pese a todo, se encontraba enclaustrado en su dormitorio palaciego, sin siquiera saber que, a cinco minutos para la media noche del primer día de Enero, su autoridad había muerto.

Quizá las que más distinción le daban al depuesto soberano eran sus esposas, que sumaban cuarenta en total, sin ningún sucesor a la corona. ¡¡Ah!! ¿De cuál corona hablar si ya el rey estaba depuesto? El hecho es que mientras los militares deliberaban sobre la demolición del palacio de oro en el que había habitado la realeza desde hacía tres siglos, quién ocuparía el gobierno, la convocatoria a un parlamento, y la redacción de la primera constitución del país; el que había sido derrocado vivía quizá los últimos momentos de una desesperación que lo había acompañado por más de tres años, desde que había seguido el consejo que le diera su padre; gran número de esposas para igual número de herederos, antes de partir a un prolongado exilio y dejarle la corona en sus manos.

Quería, así fuera desobedeciendo las leyes de la naturaleza, su heredero antes de comenzar a verse abrumado por las habladurías de la opinión pública.

Mientras se encontraba en su vesánica por un sucesor al solio, multitud de cosas se sucedieron en su país: una inundación había anegado el territorio llenándolo de agua de lluvia y sangre (antes de la asonada se había librado una cruenta guerra contra el viejo mundo), problemas económicos, la gestión del matrimonio del rey con una princesa española sin llevarse a término... todo eso hasta el día de su deposición.

La lluvia seguía su marcha durante las primeras horas de la república.

Un día después, cuando el ex primer ministro se presentó en el palacio con una misiva del embajador español, el encuentro con los conspirados produjo en él un anonadamiento más bajo que aquel que produce el sueño mismo.

«...El Palacio Real será demolido, se proscriben los títulos de Rey, príncipe y cualquier otro título real o nobiliario... Se emite una orden de fusilamiento contra el ex monarca... Se proclama la República.»

Cuando escuchó esto, se fue corriendo el ministro a la habitación real, sin siquiera importarle que su monarca pudiera atravesarlo con un sable por haber violado su privacidad. Y, como si de Agamenón ante la Diosa Tetis se tratara, le anunció al rey la noticia de la asonada.

—Han declarado algo que llaman República —dijo el ministro con la mano en que tenía la correspondencia, trémula.

Nada extraordinario hizo ante esto el derrocado rey, quien al menos puertas

adentro de su habitación conservaba su título dejado sin efecto por los militares.

—¿Para eso me interrumpe? Tenga mi corona —dijo el ya ex rey envuelto en una sábana áurea tomando la diadema que reposaba en un almohadón púrpura al lado izquierdo de la cama y entregándola al primer ministro— y dígales a los militares que se la pueden turnar sobre sus cabezas, a menos que se arrepientan de su república.

—¿Los designa sucesores al trono?

El ya ex rey se desentendió de su primer ministro y siguió buscando un sucesor nacido de alguna de sus cuarenta mujeres, sin responder la pregunta.

Sin soltar la minuta del representante ibérico, encaró a los sublevados.

—¿Qué es esto, señores? ¿Es una traición?

—¡Viva la República! ¡Abajo el Rey!, dijo el mariscal, que encabezaba el nuevo gobierno.

—Su Majestad les ofrece, como medio de continuar la estabilidad, irse al exilio a cambio de que ustedes mantengan la corona regia.

—¡Basta! —gritó el que era Presidente de la República.

Sonó un disparo que destrozó la cabeza del antiguo Primer Ministro.

Un día después, el derrocado Rey salió junto a sus esposas a exiliarse en Europa. El palacio fue demolido y todo el oro habido en él fue usado para acuñar monedas.

....

Tiempo después, un hombre de cabello negro se presentó ante el canciller de aquella República que, desde la caída de la testa coronada, había vivido largos períodos de turbulencia e inestabilidad. Era el hijo del ex rey.

—¿Qué quiere usted? O, mejor dicho, ¿Qué quiere su padre? —preguntó el ministro de exteriores.

No se preguntaba el canciller cómo había obtenido información sobre el país el vástago del Rey depuesto. Cuando escuchó que su padre le había enviado a restaurar su corona, dijo tajantemente.

—Solo el presidente tendrá la última palabra. Váyase de aquí...

Al menos habiendo acordado que se hablaría con el Presidente del país sobre un posible retorno de la corona, se marchó el hijo del ex rey.

Pero no se marchó del país... Comenzó a contactar con miembros de las fuerzas armadas para forzar otra asonada, arrojar del poder al mariscal, reconstruir el palacio de oro y restaurar la corona. Mas sin embargo, no iba a dejar pasar la oportunidad de entrevistarse con el hombre que había derrocado a su padre.

....

Pasó mucho tiempo desde aquel encuentro... A falta de pocas horas para cumplirse el octavo aniversario de la asonada, mientras el Presidente de la República dormía, un grupo de militares irrumpió en su residencia. Tal y como ocurrió el día de la asonada contra la monarquía, llovía a raudales. Abandonaron los castrenses el recinto y se dirigieron a la sede de la presidencia, improvisando un desfile, mientras se acercaban a la misma.

Al momento de detenerse a pocos metros de la entrada del palacio presidencial, se intensificó la lluvia, váyase uno a saber por qué.

Decidieron entonces derribar la puerta del recinto blanco, y mandar dos emisarios a buscar al presidente y al hijo del ex rey.

....

Cuando el primero de los convidados vio en las manos del segundo una corona regia, pensó que era para él y montó en cólera.

—¿Otra vez ustedes los monárquicos? ¿Para esto me han traído?

El mariscal sabía que era una asonada. Sin embargo, los militares que estaban con el hijo del ex rey no dijeron nada más después de reunir al aspirante a la corona y al presidente. La lluvia seguía su marcha...

—¡Digan pues si me van a derrocar o a matar!

El mutismo consumió a la poca tropa que había acudido a la sede del gobierno. Pero no pasó mucho tiempo hasta que el resto del ejército dio la contramarcha, apresaron a los militares monárquicos, los pasaron por las armas y el congreso otorgó poderes dictatoriales al mariscal, quien pasó a ser mandatario vitalicio.

En cuanto al hijo del ex rey, fue enviado al exilio. Y la corona que llevaba en las manos y pensaba colocarse en la cabeza, fue fundida, para acuñar monedas, tal y como se hizo con el antiguo palacio de oro. Mientras todo esto ocurría, la lluvia seguía su marcha, tan ruidosa como la de los militares de las dos asonadas. Era 20 de Enero de 1830 cuando la lluvia había comenzado a amainar. Pero todavía había nubes en el horizonte que hacían prever nuevas y largas tormentas.



Javier Andrés Molina
Barquisimeto, Venezuela, 1996.

La viuda

Despoja a los ingenuos de la tierra, sembrando luces en el cielo, protegiendo a su pálida amante bajo un velo de oscuridad.

Las sombras emergen a celebrar, segando a quienes de negro no dejaron teñirse.

Rasga la tierra y mira el horizonte, pero no llora, ni extraña; porque su hombre ha muerto cada día por ella.



Este es un microrelato que escribí para presentar en un concurso, dado que este ya ha cerrado sus puertas y mi memoria me ha traicionado, lo presento aquí en la revista Umbral.



Eric J. Lagarrigue

S.M. de Tucumán, Argentina - 1993

La muerte de Bramos

En un sueño, Bramos vio su cabello violeta cerca al escarpado pico que sometía al mar, allí donde las aguas se juntan con el cielo, donde las extensas regiones traen recuerdos de leyendas y cuentos y, donde las valientes montañas se enfrentan. La vio con su falda negra y esas medias que detallaban la perfección de sus piernas, el extraño amuleto en forma de ojo que traía puesto y esa calidez ajena de sus labios, la vio caminar hacia él y despertó.

Cuando volvió a su guardia, el joven centinela alzó la mirada sobre el horizonte dorado detallando los rumorosos acantilados que reflejaban un sol perpetuo, las llanuras y bosques que se la extendían alrededor de la muralla junto a la lejana montaña cubierta de nieve, donde está el único pasaje al otro mundo, allí tuvo la impresión de verla, soñándola despierto dispuesta a quererlo, rodeada de aquellas hierbas y la multiplicidad de flores que estaban por todos lados. Su amigo y compañero que estaba a su costado siempre que se cruzaban sus vigías, notó el trance del joven inmortal, se acercó y con su voz grave preguntó en que pensaba cuando el muy bien lo sabía, pues conocía esa cara, a la edad de Bramos también fue crédulo y soñador, sabía que esa ilusión en que estaba solo le traería la pérdida de la razón, era demasiado viejo para no saberlo, los siglos y la experiencia lo habían hecho fuerte y sabio, sin embargo no se atrevió a decirle nada. A ninguno de ellos se les permitía abandonar su lugar y menos ir más allá de la empedrada estructura, pues su único trabajo era alertar e impedir la entrada de cualquier cosa que llegara desde el mundo de los mortales.

Dentro de la muralla había una ciudad antigua que ningún humano habría podido imaginar, una ciudad hecha de bronce, piedra y mármol con cientos de estatuas doradas que parecían moverse sin hacerlo, con verdes y plácidas laderas y abundantes fuentes de agua purificadora y, tras el esplendor de la ciudad, el inenarrable castillo donde se escondían los secretos de la vida, debajo de la gran y única estrella que penetraba y daba el brillo único de aquel lugar donde nunca era de noche, la ciudad era enorme pero Bramos siempre estaba sólo, siempre se sentía solo, tampoco estaba de acuerdo con la inmortalidad de su pueblo ni las guerras pasadas de este, sentía poco cariño por su pasado y esperaba un presente que no llegaba, por eso cuando soñó con

ella, supo que estaría dispuesto a abandonarlo todo, a perderlo todo, incluso a él mismo sin ningún remordimiento.

Pasó largas horas imaginándola junto a él, no se había dado cuenta, estaba enamorado de un sueño, de una idea y su gente solo se enamoraba una vez y era para siempre. Tiempo después, Bramos que estaba sólo en su guardia vio que allí estaba ella caminando hacia él, no supo si soñaba o estaba despierto, estaba tan anonadado con su mera aparición que no se dio cuenta hasta qué punto había dejado de ser él, se olvidó de su única labor, alertar cualquier visita del mundo de abajo, tampoco se dio cuenta de lo que pasaba a su alrededor y alrededor de ella, no percibió en ese instante la oscuridad que se imponía en cada paso que daba, pues entre más se acercaba, crecía una sombra que emanaba de ella y que traía la noche primigenia de ese reino, era como si dentro de ella se escondiera una maldad que auguraba la desolación, una poderosa tiniebla que ansiaba la destrucción del reino, pero que Bramos se negaba a ver, pues él la amó aquel día que la soñó posible, en esas regiones donde el cielo se junta con el mar.

Bramos estaba atrapado, lo estuvo desde el momento en que malinterpreto las visiones, desde que la soñó pero vio lo que quería ver, percibió un aroma que se quedaría con él, como prueba de conocerla, insignia y marca que no se desprende. Estaba atrapado por su propio corazón, sin embargo si hubiese querido moverse tampoco podría, porque la oscuridad ya había llegado a él y lo consumía desde adentro, sus venas y luego su carne y, por último su piel se tiñeron de un negro que lo hicieron invisible en esa tiniebla; el continuaba viéndola acercarse sin notar que su corazón ya no latía, sin notar que ya había muerto. La única intención de su conciencia era tenerla cerca, el único deseo era el que lo mantenía atrapado, amar y sentir como solo pueden amar los mortales y que a él se le había negado. Cuando dejó de verla y ella entró a la ciudad, confundido pudo ver como todo lo que conocía se corrompía, el sol perpetuo se convirtió en una luna carcomida y gibosa, el resplandor de la ciudad parecía. Bramos no pudo hacer nada. El mármol, la piedra y el bronce desaparecieron y las estatuas que parecían moverse sin hacerlo, adquirieron de pronto la movilidad junto a unos gritos de libertad que lanzaron una a una desde la negrura, la oscuridad continuó creciendo como un virus, amenazando con llegar al castillo y a la claridad de la única estrella, llevando a esa ciudad hacia un abismo infinito.

Bramos ahora era una conciencia atrapada en esa bastedad que era ella, allí junto a otros malditos que parecían burlarse de él, el

inconmensurable e injusto provenir de su condena.

Ella que era lo único que Bramos podía ver en la oscuridad, por primera vez se atrevió a verlo y le sonrió, trayéndole recuerdos de sus antepasados mortales durante las guerras, imágenes de masacres y ciudades en ruinas donde vivían seres poderosos en las artes de la guerra, pero él ya estaba perdido, pues detrás de esa sonrisa se escondía un demonio perverso y vengativo. Bramos se hundió en la negrura y la pena, junto a las víctimas de la traición y la falsedad de una ensoñación inexorable.



Jonatan Bedoya
Ibagué, Tolima, Colombia

Exorcismo

La tonada de cada trazo
las líneas inertes de su vida
el color de sus sentimientos
y la insaciable fe de su rostro
mueren y viven en este lienzo
destellan eternas en un recuerdo,
la ilusión y la pena inmortalizadas.
eran solo duras palabras
y siempre,
siempre al final



Jonatan Bedoya
Ibagué, Tolima, Colombia

Reminiscencia

Trato de buscar los ojos de cielo que vi aquella mañana,
sonríe, tal vez, mi condición por dentro es otra.
Extraño su mirada insinuante de fuego,
el llanto me suprime la voz, tormenta fatigante de insomnio.

Observo cada esquina de tus labios,
tratando de que evoques un pequeño recuerdo,
buscando la caricia de un beso, el olor de una piel
su frenético hálito bajo el crepúsculo.

Y...entonces,
me detiene la mirada yerta de su alma
bajo mi cielo, horas pasan
veo envejecerme y rejuvenecer mi tristeza....



Mariluz Moya Mendieta
Tolima, Colombia

Frases célebres

Estimados amigos:

Como saben, estamos de celebración, pues comienza el año 3 de nuestra revista, lo cual supone todo un éxito en los tiempos que corren. La cultura y el arte no tienen, ni por asomo, el seguimiento que sin duda merecen, y es por ello que debemos reflexionar sobre lo que hemos logrado entre todos. En el plano personal, y como fruto de esa reflexión, se me ocurre que, al menos, tenemos derecho a felicitarnos por lo conseguido hasta ahora.

Entre todos hemos levantado una montaña a la que un gran número de autores hemos podido escalar para alzar nuestras voces. Voces que han quedado plasmadas en estos dos años de publicaciones. Voces que han sido escuchadas por lectores de habla hispana de todo el planeta y, por tanto, voces cuyos ecos nos han venido de vuelta. Y todo eso tiene un único nombre: Éxito.

Es por ello que este mes me he tomado la licencia de seleccionar, casi que al azar, cuatro citas que vienen a representar una insignificante muestra de lo mucho y bueno que se ha podido leer en Umbral en estos dos años. Aunque no puedan llevar (aún) el calificativo de "célebres", ni quepan por razones obvias todos los autores, servirán para homenajear y dar las gracias a quienes han hecho posible la consolidación de este proyecto.

Por tanto, extraídas de Umbral, donde vieron la luz por primera vez, aquí tienen mis frases para esta ocasión tan especial:

"Su hombro tiene más marcas de llanto que su rostro gotas de plácido sudor, y mi pecho aún tiene marcada la silueta de su perfil, mientras esos fuegos artificiales explotan sin previo aviso en mi barriga cuando su recuerdo desembarca en mi mente." Lizandro Samuel - Ella y Aquella - Año 1 Número 1 (p.27)

"La vida es un espectáculo constante en esta ciudad. Una fuente ininterrumpida de desgracias brotando de cada pared, saliendo a ensalzar las rutinas. El glamour mediático se reduce a estas situaciones. Estamos condenados a vivirlas y a pensar en cómo carajos terminamos aquí." Carlos Yabib Salinas González - Los días en Paraíso - Año 1 Número 9 (p.13)

"Aunque por sangre tinta se derrame,/ aunque el papel se ensucie con el odio,/ no cejará el empeño en los que saben / tomar la libertad como un tesoro". David Solera Asís - Lápicos remendados - Año 2 Número 4 (p.14)

"El prestigio es el disfraz más efectivo, hace invisible tu función." Clara Rojas - Efecto bomba - Año 2 Número 10 (p.10)



Victor Alejandro Hernández

*Isla de La Palma
(Canarias, ESPAÑA)- 1978*

La Exagerada:

"El Hombre que me lastimó" Radioteatro

Ella (LLORANDO)_ ¡Otra vez me dejaron sola! ¡Otra vez! (LLORA).

Él (ASUSTADO)_ ¡¿Qué pasó?! ¡Nos robaron! ¡¿Te hicieron daño?! ¡¿Te lastimaron?!

Ella (LLORA)_ ¡¿Por qué a mí?!

Él (ASUSTADO)_ ¡Calmáte! ¡Ya está! ¡Está todo bien! ¡Estás a salvo!

Ella_ ¡¿Cómo que está todo bien?! ¡Nada está bien! ¡Está todo mal! (LLORA).

Él_ ¡Bueno, mi amor! ¡Calma! ¡Calma, que nadie te va a lastimar!

Ella (LLORANDO)_ ¡Eso ya lo sé! ¡Nadie me va a hacer lo mismo que me hizo aquél cuando me lastimó! ¡Nadie me va a llenar así! ¡Nadie me va a...! ¡Nadie tiene lo que él tiene!

Él_ ¡¿Qué?! ¡No te entiendo, mi amor! ¡¿Me querés explicar qué pasó acá?! ¡Está todo revuelto! ¡¿Se llevaron algo de valor?! ¡¿Se llevaron la plata?!

Ella (ENOJADA) ¡¡¡¿La plata?! ¡No te importa nada más que tu plata, ¿no?! ¡No te importa lo que me haya pasado!

Él (ARREPENTIDO) ¡Perdón, perdón! ¡Claro que me importás! ¡Por supuesto que me importás! ¡Contáme qué te pasó!

Ella (LLORANDO) ¡Se aprovecharon de mí! (LLORA).

Él (INDIGNADO Y GRITANDO) ¡Por dios! ¡Hijos de...! ¡Los voy a buscar y los voy a matar! ¡¿Cómo se atrevieron a faltarte el respeto de esa forma?! ¡Los busco y los mato! ¡Te juro que les arranco la cabeza!

Ella (GIMOTEANDO) No, dejá. Eso va a ser para peor. Además, puede ser que yo me lo mereciera.

Él_ ¡¿Qué?! ¡No digas eso! ¡Nadie se merece eso!

Ella_ Sí, yo me lo merezco...

Él_ ¡No! ¡Vos te merecés algo mejor que eso!

Ella_ ¡Sí, ya sé que me merezco algo mejor! ¡No alcanzaron ni a sacarme las ganas esos boludos! ¡Los quería matar!

Él (CONFUNDIDO) ¡¿Qué?! ¡¿Sacarte las ganas...?! ¡¿De qué me estás hablando?! ¡Nos robaron!

Ella (SORPRENDIDA) ¡¿Qué?! ¡¿Cuándo nos robaron?!

Él_ ¡¿Cómo cuándo?! ¡¿Vos no estuviste acá?! ¡¿Vos no estuviste acá?! ¡¿Vos no los viste?! ¡¿Vos no dijiste que te faltaron el respeto y que te lastimaron?!

Ella_ ¡Yo dije que nadie me va a poder lastimar como hizo aquel!

Él_ ¡Por eso! ¡Ese fue el que nos robó!

Ella_ ¡Me robó! ¡La virginidad me robó!

Él_ ¡¡¡¿Qué?!!! ¡Eso fue hace como veinte o veinticinco años!

Ella (SOLLOZANDO) ¡Sí! ¡Y ya nunca más me podrán lastimar así! ¡Qué cosa impresionante que tenía ese hombre! ¡Mirá con lo que me vengo a quedar!

Él_ ¡Pero andáte a la que te re mil parió!

FIN



Victor Gabriel Pardo

Argentina -1984

Tres días

Tres días
con sus largas noches,
llevaba,
desde la última reunión
de cada día,
tres días
con desasosiegos
y algún que otro turbamiento,
tres días,,,
De un sin vivir en vida.

Al llegar la hora
él,
no acudía,
ni a casa
ni a la oficina;
llamamos
a los expertos,
y vinieron
los que dijeron serlo,
mas...
Tres días
que yo llevaba,
tres día,
sin reunión alguna.

Por fin al tercer día
y saliendo
por la puerta de casa
él...
Acudiría.
Que felicidad la mía,
toda mi cara...

Cambiaría,
cerré la puerta
y corrí,
hacia el lugar de la cita,
allí estaba,
como siempre,
fiel a su cita,
por lo que me sentaría en el trono
y con “Roca”...
Hablaría.

Don

(Roca, la marca más común de la taza de baño , por eso suele ser el nombre que se le da a esta)

Josema



Don Irtxema

Victoria Gasteiz - Álava, Araba - 1957

Baco Horrorido

Hay historias sobre hombres que leen hasta enloquecer, esta probablemente no es una de ellas, las he conocido pero por qué no ha de haber una más, cantos grandes de hombres grandes o de gentes jóvenes a la vez. Todos comenzamos de alguna manera, en este caso el cuento comienza con un muchacho topándose, tal vez, por azares de la transculturización con un autor norteamericano; actualmente él tiene una ira desbordante ante el país de la doctrina M, pero en aquellos años todo comenzó con un escritor norteamericano.

“Me pregunto por qué su país se ha mostrado tan injusto con él. Los lectores americanos le han catalogado como un escritor mórbido y se sienten molestos por el hecho de que los represente un poeta tan malsano. Pero si América le repudia con tanta fuerza es porque ella misma, como comunidad, porta ese desequilibrio del que Poe es como una flor tenebrosa, el gran lirio nocturno entre los dedos de la muerte.”

Julián Green

Hace ya muchos años cuando era inocente hasta los huesos se topó este joven en una clase de literatura con un cuento: “El corazón delator”. Porque el corazón delata ¿no? Nos muestra lo que somos en realidad, nos corta las esperanzas de salir ilesos al juicio de la ley, al juicio de nuestra ley. Yo particularmente les mostré el relato a mis alumnos porque la planificación escolar lo ordenaba, no planeaba yo abrir un mundo de poderosas letras en mentes tan jóvenes. Días después en mi descanso Baco se me acercó para nombrarme como el diablo, para decirme que le arruiné la vida, para decirme que le quité el sueño, para llamar a mi memoria un poema que se ha repetido sin cesar en muchas aulas de Estados Unidos.

—El cuervo. Nunca más podré dormir de forma tan liviana como lo hice las noches antes de leerlo.

*“UNA VEZ, AL filo de una lúgubre media noche,
mientras débil y cansado, en tristes reflexiones embebido,
inclinado sobre un viejo y raro libro de olvidada ciencia,
cabeceando, casi dormido,
oyóse de súbito un leve golpe,
como si suavemente tocaran,
tocaran a la puerta de mi cuarto.*

*“Es —dije musitando— un visitante
tocando quedo a la puerta de mi cuarto.
Eso es todo, y nada más.”*

*¡Ah! aquel lúcido recuerdo
de un gélido diciembre;
espectros de brasas moribundas
reflejadas en el suelo;
angustia del deseo del nuevo día;
en vano encareciendo a mis libros
dieran tregua a mi dolor.*

*Dolor por la pérdida de Leonora, la única,
virgen radiante, Leonora por los ángeles llamada.
Aquí ya sin nombre, para siempre.*

*Y el crujir triste, vago, escalofriante
de la seda de las cortinas rojas
llenábame de fantásticos terrores
jamás antes sentidos. Y ahora aquí, en pie,
acallando el latido de mi corazón,
vuelvo a repetir:*

*“Es un visitante a la puerta de mi cuarto
queriendo entrar. Algún visitante
que a deshora a mi cuarto quiere entrar.
Eso es todo, y nada más.”*

*Ahora, mi ánimo cobraba bríos,
y ya sin titubeos:
“Señor —dije— o señora, en verdad vuestro perdón
imploro,
mas el caso es que, adormilado
cuando vinisteis a tocar quedamente,
tan quedo vinisteis a llamar,
a llamar a la puerta de mi cuarto,
que apenas pude creer que os oía.”
Y entonces abrí de par en par la puerta:
Oscuridad, y nada más.*

*Escrutando hondo en aquella negrura
permanecí largo rato, atónito, temeroso,
dudando, soñando sueños que ningún mortal
se haya atrevido jamás a soñar.
Mas en el silencio insondable la quietud callaba,*

y la única palabra ahí proferida
era el balbuceo de un nombre: “¿Leonora?”
Lo pronuncié en un susurro, y el eco
lo devolvió en un murmullo: “¡Leonora!”
Apenas esto fue, y nada más.

Vuelto a mi cuarto, mi alma toda,
toda mi alma abrasándose dentro de mí,
no tardé en oír de nuevo tocar con mayor fuerza.
“Ciertamente —me dije—, ciertamente
algo sucede en la reja de mi ventana.
Dejad, pues, que vea lo que sucede allí,
y así penetrar pueda en el misterio.
Dejad que a mi corazón llegue un momento el silencio,
y así penetrar pueda en el misterio.”
¡Es el viento, y nada más!

De un golpe abrí la puerta,
y con suave batir de alas, entró
un majestuoso cuervo
de los santos días idos.
Sin asomos de reverencia,
ni un instante quedo;
y con aires de gran señor o de gran dama
fue a posarse en el busto de Palas,
sobre el dintel de mi puerta.
Posado, inmóvil, y nada más.

Entonces, este pájaro de ébano
cambió mis tristes fantasías en una sonrisa
con el grave y severo decoro
del aspecto de que se revestía.
“Aun con tu cresta cercenada y mocha —le dije—,
no serás un cobarde,
hórrido cuervo vetusto y amenazador.
Evadido de la ribera nocturna.
¡Dime cuál es tu nombre en la ribera de la Noche Plutónica!”
Y el Cuervo dijo: “Nunca más.”

Cuánto me asombró que pájaro tan desgarrado
pudiera hablar tan claramente;
aunque poco significaba su respuesta.
Poco pertinente era. Pues no podemos

*sino concordar en que ningún ser humano
ha sido antes bendecido con la visión de un pájaro
posado sobre el dintel de su puerta,
pájaro o bestia, posado en el busto esculpido
de Palas en el dintel de su puerta
con semejante nombre: "Nunca más."*

*Mas el Cuervo, posado solitario en el sereno busto.
Las palabras pronunció, como vertiendo
su alma sólo en esas palabras.
Nada más dijo entonces;
no movió ni una pluma.
Y entonces yo me dije, apenas murmurando:
"Otros amigos se han ido antes;
mañana él también me dejará,
como me abandonaron mis esperanzas."
Y entonces dijo el pájaro: "Nunca más."*

*Sobrecogido al romper el silencio
tan idóneas palabras,
"sin duda —pensé—, sin duda lo que dice
es todo lo que sabe, su solo repertorio, aprendido
de un amo infortunado a quien desastre impío
persiguió, acosó sin dar tregua
hasta que su cantinela sólo tuvo un sentido,
hasta que las endechas de su esperanza
llevaron sólo esa carga melancólica
de 'Nunca, nunca más'."*

*Mas el Cuervo arrancó todavía
de mis tristes fantasías una sonrisa;
acerqué un mullido asiento
frente al pájaro, el busto y la puerta;
y entonces, hundiéndome en el terciopelo,
empecé a enlazar una fantasía con otra,
pensando en lo que este ominoso pájaro de antaño,
lo que este torvo, desgarbado, hórrido,
flaco y ominoso pájaro de antaño
quería decir granzando: "Nunca más."*

*En esto cavilaba, sentado, sin pronunciar palabra,
frente al ave cuyos ojos, como-tizones encendidos,
quemaban hasta el fondo de mi pecho.*

*Esto y más, sentado, adivinaba,
con la cabeza reclinada
en el aterciopelado forro del cojín
acariciado por la luz de la lámpara;
en el forro de terciopelo violeta
acariciado por la luz de la lámpara
¡que ella no oprimiría, ¡ay!, nunca más!*

*Entonces me pareció que el aire
se tornaba más denso, perfumado
por invisible incensario mecido por serafines
cuyas pisadas tintineaban en el piso alfombrado.
“¡Miserable —dije—, tu Dios te ha concedido,
por estos ángeles te ha otorgado una tregua,
tregua de nepente de tus recuerdos de Leonora!
¡Apura, oh, apura este dulce nepente
y olvida a tu ausente Leonora!”
Y el Cuervo dijo: “Nunca más.”*

*“¡Profeta!” —exclamé—, ¡cosa diabólica!
¡Profeta, sí, seas pájaro o demonio
enviado por el Tentador, o arrojado
por la tempestad a este refugio desolado e impávido,
a esta desértica tierra encantada,
a este hogar hechizado por el horror!
Profeta, dime, en verdad te lo imploro,
¿hay, dime, hay bálsamo en Galaad?
¡Dime, dime, te imploro!”
Y el cuervo dijo: “Nunca más.”*

*“¡Profeta! —exclamé—, ¡cosa diabólica!
¡Profeta, sí, seas pájaro o demonio!
¡Por ese cielo que se curva sobre nuestras cabezas,
ese Dios que adoramos tú y yo,
dile a esta alma abrumada de penas si en el remoto Edén
tendrá en sus brazos a una santa doncella
llamada por los ángeles Leonora,
tendrá en sus brazos a una rara y radiante virgen
llamada por los ángeles Leonora!”
Y el cuervo dijo: “Nunca más.”*

*“¡Sea esa palabra nuestra señal de partida
pájaro o espíritu maligno! —le grité presuntuoso.*

*¡Vuelve a la tempestad, a la ribera de la Noche Plutónica.
 No dejes pluma negra alguna, prenda de la mentira
 que profirió tu espíritu!
 Deja mi soledad intacta.
 Abandona el busto del dintel de mi puerta.
 Aparta tu pico de mi corazón
 y tu figura del dintel de mi puerta.
 Y el Cuervo dijo: "Nunca más."*

*Y el Cuervo nunca emprendió el vuelo.
 Aún sigue posado, aún sigue posado
 en el pálido busto de Palas.
 En el dintel de la puerta de mi cuarto.
 Y sus ojos tienen la apariencia
 de los de un demonio que está soñando.
 Y la luz de la lámpara que sobre él se derrama
 tiende en el suelo su sombra. Y mi alma,
 del fondo de esa sombra que flota sobre el suelo,
 no podrá liberarse. ¡Nunca más!"*

Así lo leyó él y así planeo dejarlo porque ¿Quién soy yo para decirle a un joven que el poema que ha leído es una traducción inexacta o que gramaticalmente necesita correcciones? Eso no lo sabe nadie y es un tema del cual no planeo hablar Nunca más.

Lo que sí puedo pensar e intentar deducir es qué pudo haber tenido el texto de Edgar Allan Poe que dejó tan desequilibrado a mi estudiante. Puedo imaginarlo junto a una escalera de madera o en ella, tal vez, susurrando las palabras solitario, imaginando la figura del cuervo ingresando al tercer piso de su hogar, posándose sobre el estante de los libros de su padre y cantándole el poema en la oscuridad de la noche plutónica. Que imagen tan maravillosa ¿no?

El cuervo, ese profeta, sí, pájaro o demonio fue el inicio de una ilimitada cantidad de historias que aún caminan como esqueletos en la mente de Baco. Seguido de Poe muchos autores visitantes tocaron quedamente a la puerta de su cuarto: Dickens, Darío, Lovecraft, Stevenson, Kafka, Shelley, Quiroga y más. Cervantes diría: "Secósele el cerebro de tanto leer", pero la verdad es que seca y oscura quedose su alma tras descifrar los terrores humanos. Sé que usted lector o lectora desea saber porque escribo tan atorrante narración, la justificación es sencilla; quiero calmar un poco la culpabilidad que tengo de saber que Baco, el horrible, está atrapado ahora en una habitación de cuatro paredes blancas donde solo

mira un cuervo, tres fantasmas, una larva, un libro maldito, un diablillo en una botella, un hombre hecho insecto, un engendro revivido, una gallina degollada, y nada más.



Joalberths de Agrela
Colombia 1994

Lloverá

Lloverá esta noche
y mañana
y hasta el último minuto
sobre este paraíso estéril
caerán pedazos de cielo

Lloverá en sincronía
con los riachuelos escondidos
detrás de mis párpados
a punto de ahogar la poca alegría
que habita en mi cara

Lloverá veneno en mis heridas
y sangre rota sobre los labios

Lloverán injurias
terribles castigos
lloverán destierros
y perversas venganzas
sobre mis hombros

Lloverá cuando el recuerdo
cansado de darle fuerza
y calor a mis días
se apague junto con el sol
y me deje en absoluta oscuridad

Lloverá sereno
y en silencio
lloverá vacío
sin tu respiración en mi aliento
sin tus atardeceres en mis ojos

Sólo parará la lluvia
cuando no haya cristales rotos
en nuestras despedidas
cuando anochezca la nostalgia
y el susurro de las estrellas
me acompañe de madrugada.



Eduardo Longa
Caracas, Venezuela

La puerta dorada y los gnomos del jardín

Érase una vez, un enorme jardín rodeado por pequeños arroyos y onduladas colinas. No había vallas, cercas, o rocas que delimitaran la tierra en parcelas (algo que resultaría del todo extraño en nuestro días)

Dicho jardín, era hogar de gnomos y algún que otro ciervo, zorro o ardilla, poseedor del don de la palabra.

En el jardín, siempre convivieron en paz, gnomos y animales parlantes, aun cuando muchos hubieran partido más allá del arroyo más profundo. Pues algunos gnomos tenían la ingenua creencia de que el sol era más cálido y, los frutos más abundantes, siempre, tras la última colina.

Una tarde de otoño, cuando un gnomo llamado Trufadorada, que volvía de un día entero de caminata, decidió tumbarse y acurrucarse, entre el mullido musgo y las raíces de un viejo sauce. Tenía esa agradable sensación de cansancio tras un día entero en el campo. Sacó una larga pipa de su zurrón de lana y comenzó a dar largas caladas, exhalando amplias nubes blancas, hacia el cielo ahora rojizo y tenue del atardecer.

En el mismo instante en que sus ojos comenzaban a cerrarse, pudo ver lo que parecía ser una gran puerta de oro, tallada y cubierta a intervalos por flores y ramas.

Estaba cansado, con sueño, y no era especialmente curioso ni aventurero, como muchos otros compatriotas. Pero no solían aparecer puertas así como así en medio del campo, al menos no desde los primeros tiempos.

Al acercarse más, pudo ver que una neblina cubría la base de la entrada. Tras él, el horizonte se oscurecía, pero al frente, tras la gran puerta dorada, un amanecer como nunca antes había visto comenzaba a iluminar un paisaje de tal belleza que sus piernas flaquearon, pero no del cansancio.

puerta dorada, un amanecer como nunca antes había visto comenzaba a iluminar un paisaje de tal belleza que sus piernas flaquearon, pero no del cansancio.

Más allá del umbral de la puerta, pudo ver innumerables colinas cubiertas de árboles: campos repletos de castaños, abedules y sauces. Arroyos cristalinos flanqueados por abetos, y el sonido lejano de cascadas y cantos de aves del bosque. También pudo distinguir aunque levemente, los tejados de un castillo enorme de puntiagudas torres, bañado por la luz del amanecer, además del ondular de leves motas de humo, proveniente de ocultas chimeneas en hogares donde su vista no alcanzaba a ver.

Un perfume proveniente de las flores y plantas que rodeaban a la puerta comenzó a envolver a Trufadorada. Eran flores que solo se abrían al anochecer y en otoño, pero más allá de la puerta, el sol brillaba en lo alto, y tras él, un segundo sol, comenzaba a descender en el horizonte.

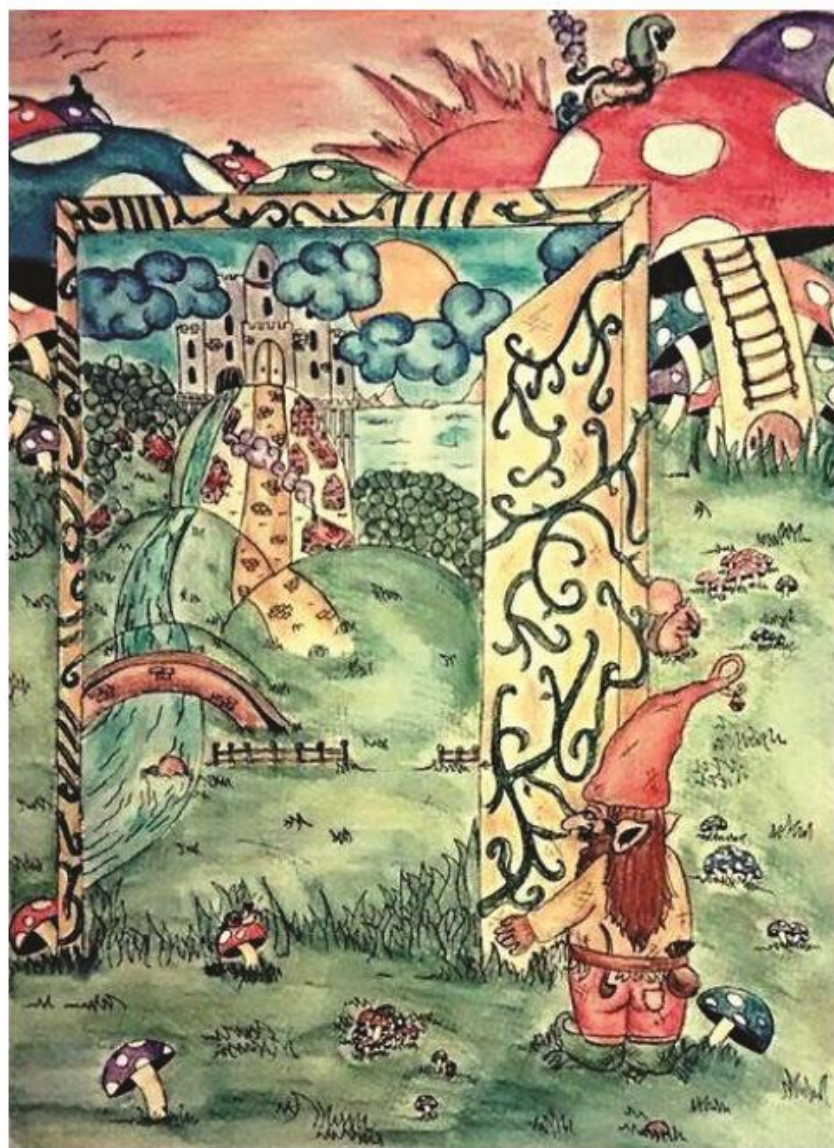
Trufadorada sentía miedo de la puerta, pero no era un miedo natural como el que puede sentir cualquiera ante una caída por un barranco, o una enfermedad en invierno. Era un miedo reverencial, mezclado con un calor intenso en el corazón. Una añoranza y un sosiego infinitos hacia el paraíso verde y vivo que ante él se presentaba.

Sintió que alguien, en aquel preciso instante, dejaba una puerta abierta. Si no la cruzaba, tenía miedo de no volver a verla nunca más. Armado de afecto, más que de valor, se dejó guiar por el aroma de las flores, y la niebla que cubría sus pies.

Un viento fresco cargado de nuevos olores, cubrió su rostro. Oyó cantos lejanos, y flautas de faunos. Pudo también distinguir a los lejos las estelas verdes dejadas por las dríades, entre árboles y rocas cubierta de verde. La hierba era alta, cubría la mitad de su cuerpo y rozaba sus dedos regordetes. Tras él pudo ver con claridad, la puerta dorada, pero la tierra que su interior proyectaba, con sus colinas y el sol ocultándose tras el horizonte, comenzaba a ondular y desvanecerse poco a poco.

Paso a paso, llegó hasta la siguiente colina, luego un bosque, un arroyo y, más allá, horizontes sin fin, cubiertos de vida. Ya no había puertas doradas que atravesar, ni miedos con los que lidiar.

Muchas historias se contaron en el jardín de los gnomos, tras la repentina desaparición de Trufadorada. Pero ningún gnomo volvió a desvanecerse, ni a partir más allá del horizonte brumoso. Solo de cuando en cuando, algún somnoliento y cansado animal o gnomo, lograba distinguir al sobrepasar una colina, o al girar un repecho escarpado, La silueta de una extraña puerta dorada, de la que suelen llegar extrañas canciones, cargadas de añoranzas y melancólicas emociones.



Ignacio López Castellanos
Asturias, España, 1988